

hombre siente en sí un deseo que le lleva á romper las estrechas condiciones de su sér, y abismarse en el mundo que pinta la idea en la mente. Alabemos esa aspiracion del cielo, que si nos hace padecer en la tierra la tristeza del désterrado, nos mueve á dejar por do quier testimonios de nuestra inmortalidad y de nuestra grandeza. El templo de San Juan de los Reyes, símbolo de lo infinito, prueba que si el hombre por su organizacion pertenece á la tierra, por su pensamiento pertenece al cielo. Si alguna vez por tu desgracia lo dudas, lector, acércate á uno de esos templos y encontrarás en ellos prueba de tan consoladora verdad, y verás en ellos la realidad de Dios y la inmortalidad del alma.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

I

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Confieso que la inauguracion de un ferro-carril, de un canal, de un telégrafo eléctrico, de una fábrica, de cualquier gran obra de la industria, me entusiasma; porque me parece un lazo más que une á los pueblos, un conductor más de las ideas, un instrumento de libertad y progreso puesto en las manos del hombre, que camina con los ojos fijos en un ideal de verdad y justicia hácia su perfeccionamiento.

Cuando veo los telégrafos eléctricos y los caminos de hierro, me levanto en alas de la imaginacion á Dios para tributarle mis loores por el constante amparo con que pródigo asiste

á todas las salvadoras ideas arrojadas al vário viento de la suerte por la conciencia humana. Kant proponía entre los horrores de la guerra, la paz y la concordia de los pueblos, y para lograr esta paz y esta concordia, un gran congreso central, donde se controvertieran sus diferencias, se aclarasen las razones de sus luchas, y se diese á cada uno su derecho. Es imposible, decían esos hombres prácticos que sólo miran á la impura realidad, unir así á los pueblos separados por tan largos y dilatados espacios. Y hoy, la electricidad, el vapor, esos agentes misteriosos que parecen la espiritualización de la materia, han venido á borrar las distancias, á unir los pueblos, á realizar la imaginaria utopía, á dar la razón á Kant, como si la naturaleza hubiera hecho un pacto con la inteligencia, para prestar forma y cuerpo á todos sus grandes pensamientos.

Y no crea V. que es muy antiguo en mí este amor á la industria, no; ántes tiene algo de reciente y nuevo. Yo ayer me apasionaba sólo de lo hermoso. Conozco que estoy próximo á entrar en la mayor edad, porque me voy también apasionando de lo útil. Antes, como aquel viajero de que nos hablan las leyendas indias, me sentaba en los jardines á esperar, para sa-

ciar mi hambre, el fruto de los lirios y de las rosas; ahora me gozo también en ver el dorado grano de trigo, que nos sustenta, y no lo desprecio, por más que no haya nacido del botón de una hermosa y aromática flor.

Gozoso, pues, muy gozoso, me encaminé al ferro-carril del Mediterráneo, que debía ser el primer punto de apoyo, permítame V. la frase, de mi expedición á las orillas del Ebro. Antes de comenzarla encontré allí á muchos muy queridos amigos, cuyo ingenio y cuyo cariño debían ser el encanto principal de mi viaje. No conozco nada más espantosamente triste que la soledad. Mi carácter meridional necesita para pensar, para sentir, de la comunicación de las ideas y de los afectos; porque de otra suerte, me parecen flores nacidas en la inmensa aridez del desierto.

Y es más, yo necesito de amigos que no tengan ni mis ideas, ni mis inclinaciones; gusto de la oposición, la creo necesaria, fatal; porque yo de mí sé decir, que cuando no la encuentro en los que me rodean, la encuentro en el secreto asilo de mi pensamiento, en el santuario mismo de mi conciencia. Creo que sin esta lucha continua no progresaríamos, siendo, ó bien como Dios, inmutables y eternos, ó

bien como la piedra, frios é inertes. *Homo sum, et nihil humani á me alienum puto.*

Yo creo tan fuera del alcance del poder humano el matar los partidos, como el acabar con las leyes de atraccion y repulsion de las esferas celestes; confesando, sin embargo, que existe la verdad absoluta y el bien supremo, á los cuales tienden nuestra inteligencia y nuestro corazon, como á su centro de gravedad tienden los cuerpos. Encontré, pues, allí amigos de todas las sectas de la política que ocupa hoy los ánimos como los ocupó la teología en el siglo décimo-tercero.

Allí estaba el reciente académico y antiguo y severo crítico, Sr. Cañete; allí el Sr. Campoamor, chispeante, como siempre, de gracia é ingenio, retórico griego, cuya alma es una fiesta continua; allí el Sr. Nuñez de Arce, amigo muy querido, que habla como escribe, es decir, siempre con raro talento y fecunda vena; allí el poeta, cuya imaginacion fué la única lira nacida en el colegio donde yo recibí la segunda enseñanza, Navarro y Rodrigo; allí el señor Galvez, escritor castizo, elegante, que vive con el pensamiento y el corazon en los tiempos de nuestras antiguas glorias, y que á pesar de la triple coraza con que ciñe su alma, está empa-

pado en el espíritu de nuestro siglo; allí los ilustrados jóvenes Vildósola, Lafuente, Alcaráz, Belmonte y otros muchos. Allí inteligencias de todos los partidos, de todas las sectas, vários en sus pensamientos, en sus inclinaciones diferentes, y sin embargo, componiendo la fórmula de que nos habla San Agustin, la unidad en la variedad.

Comenzó, pues, nuestro viaje, y yo al ver á la luz del crepúsculo la locomotora, negra como un cetáceo, lanzando nubes de blanco humo á los aires, que se perdian en los pliegues *del negro manto de la enemiga del dia*, me acordé involuntariamente de mi amigo Tousse- nel; y le llamo mi amigo, porque hay autores, cuya profundidad nos aparta á cierta respetuosa distancia, y autores, cuyo ingenio nos atrae como la querida voz de la amistad.

Cada sistema político se representa por los medios de locomocion. A la aristocracia corresponde el caballo. Por eso los nobles se llaman caballeros. Por eso la espuela es el signo de la aristocracia. Por eso, los ingleses, son los que mejor fomentan la cria caballar, porque son los más aristócratas de la tierra. Por eso, en toda la literatura aristocrática de la Edad media, el caballo representa un papel tan im-

portante, á veces más importante que su mismo dueño. Díganlo Bucéfalo, Babiaca y otros mil de que están llenas las historias. Las monarquías absolutas adoptaron el coche, aquel respetuoso, antiguo coche, que parece un santuario ambulante. Los sistemas doctrinarios están representados por las empresas de diligencias. Dígalo si no, la respetable cámara de los pares de Luis Felipe. El ferro-carril es el signo del nuevo, del rápido progreso. Todas estas ideas se me ocurrieron mientras volábamos, devorando el espacio, y haciendo votos al cielo para que se descubra pronto la manera de viajar en globos aereostáticos. Mientras esto ocurría, volví los ojos al camino real, que por allí se presentaba cruzado por el camino de hierro, y ví un carro, un antiguo carro, quizá el mismo en que ocho años antes había yo cruzado en diez dias el territorio que iba á cruzar en esta ocasion en diez horas, y entonces se me ocurrió decir: á los que niegan el progreso de nuestro siglo, los condenaria á ir en esos carros, como á los plebeyos que suspiran por ser lo que eran sus padres en la Edad media, los condenaria á siervos de la gleba.

Y diciendo y pensando estas y otras muchas cosas que no consienten ser reproducidas

en breves cartas, entramos en las espaciosas llanuras de la Mancha. Á pesar de la noche descubríamos su espantosa aridez, que pone desoladora tristeza en el ánimo.

Hay algo de la muerte en esas llanuras uniformes, invariables, áridas, cortadas sólo por alguna pequeña casa que parece, más bien que vivienda, una tumba. Al amanecer vimos algun pueblo que alegraba la luz del crepúsculo; garbas doradas, que en ricos montones se levantaban en las eras; los ganados apercebiéndose á pastar la yerba reverdecida por el húmedo beso de la noche; el labrador arreglando su trillo para el trabajo, y unciendo sus bueyes, mientras las blancas palomas cruzaban sobre su frente, y á sus piés le miraba, meneando dulcemente la cola, su fiel perro; oímos el pester canto del gallo, mezclándose con los primeros acentos de la campana que saludaba la riente alborada, y con vinimos en que siempre exhalan dulce y serena poesía los bienaventurados y tranquilos campos.

Á pesar de esto, la monotonía del paisaje es tal, que muy pronto vuelve á caer el alma en la tristeza. ¡La Mancha! Para conocer la historia es preciso leerla en el viejo manuscrito de la época, y en el espacio donde suceden los he-

chos. Al ver estas abrasadas llanuras comprendimos que en 1212 los cruzados provenzales, italianos y de otros países, que la vigorosa elocuencia del arzobispo D. Rodrigo había reunido para contrarestar el poder de los almohades, debieron sufrir mucha sed y muchísimo calor al pisar esta tierra abrasada por los rayos del sol, desnuda de vegetación, falta de aguas, y que acaso sería éste uno de los principales motivos que ocasionaron su retirada; cobarde felonía que yo les agradezco, porque así dejaron sólo á la constancia y el valor de nuestra patria la grande, la inmortal, la titánica hazaña de las Navas de Tolosa; gloria que eclipsa las más altas glorias de los más valientes pueblos.

Es imposible pisar la Mancha, sin que venga á las mientes el avellanado y flaco hidalgo, espejo de caballeros, pasmo del mundo, tan largo de valor como corto de palabras, tan enamorado como bravo, de limpia alma, y corazón entero: en sus pensamientos levantado y sublime, en sus obras generoso y magnánimo, amparo de todos los afligidos y débiles, última luz de la andante caballería, último reflejo de la Edad media.

No he leído libro alguno más melancólico, más triste ¿qué digo triste? más desgarrador

que el Quijote. No hay idea levantada, que no penetre en la mente enardecida del caballero; no hay sentimiento generoso, que no anide en su gran corazón; do quier ve la desgracia, allí está como la providencia; do quier ve el bien, allí se postra y bendice á Dios; quiere borrar con su aliento la esclavitud, la degradación, la miseria; quiere levantar con su robusto brazo todas las frentes sumidas en el polvo; su amor es puro como la divinidad; es una idea, que le alumbraba como la estrella fija de su vida; es un genio, que le cobija con sus alas nacaradas y puras como el ángel custodio con que sueña el niño en su inocencia; y aquel hombre es loco porque es bueno, porque es generoso, porque es grande; y los que le rodean son cuerdos, porque son pequeños, interesados y miserables. ¡Qué triste es eso, amigo mío, qué triste! Cervantes, tan grande, cuya imaginación tiene algo de la sombría imaginación del Dante, cuyo pensamiento tiene la profundidad del pensamiento de Shakespeare; genio sin rival, cuya risa es amarga y más triste que las lágrimas de muchos llorosos poetas; Cervantes, que sólo fué escuchado y aplaudido del mundo cuando acertó á burlarse de él, debía conocer que su libro era el funeral del genio poético de la Edad

media, el principio del prosaismo, en que iban á caer despues de algun tiempo la sociedad y la literatura, y para significar esta edad, sepulcro del génio caballeresco, encontró las áridas, las tristes, las horribles llanuras de la Mancha, donde no corre un arroyo, donde no brota una flor. Así como ha presentado en su libro la lucha que sostiene siempre la sociedad con los que intentan reformarla, el antagonismo que existe entre el sensualismo y el idealismo, así tambien significó admirablemente en las llanuras de la Mancha la árida prosa en que iba á enterrarse el génio.

Hay muchos personajes históricos que parecen mitos: no hay ninguno, absolutamente ninguno, que parezca tan real, tan verdadero, tan vivo como D. Quijote. Así es, que en las llanuras de la Mancha, le vimos todos como en su cuadro, hasta que por fin llegamos á Albacete.

Aquí nos esperaban los no muy acordados sonidos de una música. Llamaron la atención de todos nosotros los músicos, vestidos de milicianos y con sombrero á la antigua española. Confieso que parecian una caricatura viva del eclecticismo. En el café, donde la pródiga empresa nos preparó el desayuno, vimos juntos á

Espartero y O'Donnell, Mina y Cabrera, un cuadro representando un bodegon y otro representando el Escorial. No hay para qué diga á V. que mis instintos de armonía rechazaban toda esta confusion.

Nos detuvimos poco tiempo, muy poco tiempo en Albacete y continuamos nuestro viaje, sí, nuestro viaje que va á llegar pronto, muy pronto á su eden, al reino de Valencia, cuyo pórtico puede decirse que está en Almansa, donde ya empieza á variar el terreno, á levantarse verdes colinas, y sobre estas colinas á extender sus cenicientas y plateadas ramas la reina de los bosques, el árbol querido de los antiguos pueblos, destinado á ser la corona del sacerdote y del poeta, el árbol, bajo cuya sombra invocaba Odino los espíritus de sus padres que vagaban en las ráfagas de la tempestad, ó dormian en los sonrosados reflejos de las auroras boreales, el árbol de los altares y de los dioses, la encina, que parece arraigarse allí como un tributo, una ofrenda de la sombría vegetacion del Norte á la siempre verde y siempre alegre vegetacion del Mediodía.

En Almansa nos detuvimos á almorzar, y al mediar el día, salimos de esta poblacion. Confieso, que en este instante, pensar en que

iba á ver el reino de Valencia, me entusiasma-
ba, me enagenaba. No tiene nada de extraño.
En ese espacio he pasado los días más felices
de mi vida, los días de la siempre llorada in-
fancia, los días risueños en que la imaginacion
se parece á uno de esos floridos arbustos que
atraen todas las mariposas del campo. ¡Oh!
Voy á verte, tierra hermosa, decia yo, bañada
por el celeste Mediterráneo; voy á ver á tus ar-
royos coronados de adelfas, tus árboles carga-
dos de frutos y de flores, tu cielo vagoroso co-
mo el velo nupcial de una virgen, tus áticas
higueras, tus africanas palmas, y voy á verte
con toda la fé de mis primeros años, sin haber
perdido en la córte el primitivo entusiasmo de
mi alma. Pero esto será objeto de mi segunda
carta. Adios. Suyo siempre.

28 de Julio de 1857.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

II

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido
amigo: Dí punto á mi anterior carta en el mo-
mento mismo en que entraba en el delicioso
reino de Valencia. Mi alma, en este instante, se
abria sacudiendo el polvo de la córte, como una
flor en el alba, para recibir las puras emana-
ciones de la naturaleza, el rocío de los cam-
pos, la frescura de la espesa enramada de va-
rios matices teñida; y mis ojos como desper-
tándose de largo sueño, se abisman en el tras-
parente azul y claro cielo.

¡Qué tierra tan deliciosa, amigo mio, qué
tierra tan dichosa! ¡Cómo se espacia el ánimo,
contemplando la vida en que se agitan y mue-
ven tantos séres! Mi alma no está en mí, no; mi